

artificial de la ciudad y de las poblaciones de las cercanías ofrecía un efecto maravilloso. Las dobles hileras de faroles de gas de las extensas calles de Santa Lucía, Chiaja y Mergelina, reproduciéndose en las aguas de la bahía, semejaban una larga procesión religiosa al aire libre; las luces de las calles transversales, que en los movimientos del buque se veían aparecer y ocultarse, hacían la ilusión de fuegos fatuos en un cielo estrellado; el conjunto del alumbrado en aquel inmenso hemicyclo representaba una soberbia iluminación artificial en una noche de gran festividad patriótica. Cuando la distancia nos ocultó la vista de aquella aglomeración de luminaires, el gigantesco penacho de fuego del Vesubio quedó visible solamente en medio del espacio, como una gran tea funeraria suspendida de la bóveda celeste.

CAPÍTULO VIGÉSIMOQUINTO.

Primer día de navegación.—La Misa á bordo.—Entretimiento de los peregrinos.—El ejercicio religioso de por la tarde.—Las tertulias por la noche.—La Misa sobre cubierta.—Se descubre tierra española.—Llegada á Gibraltar.—El temporal.—Temores é inquietudes.—El viento disminuye.—El oficio protestante.—Las golondrinas.—Cuatro días de calma.—La tempestad.—Temores de naufragio.—Preparativos alarmantes.—Renace la calma.—La rifa.—La barca del piloto.—Una triste nueva.—La niebla.—¿Sufriremos cuarentena?—Momentos de angustia.—La colisión.—La sanidad.—No hay cuarentena.—Los empleados de la Aduana.—El desembarque en Nueva York.

APACIBLE y sereno amaneció el día 7 de Junio, primero de nuestra navegación. Las aguas azules del Mediterráneo en absoluta tranquilidad semejaban un cielo sin nubes en una hermosa tarde de Abril. La nave se deslizaba rápidamente en aquella superficie tersa é igual como la de un espejo. Apenas se hacía sentir el movimiento en el interior; se creería que el buque se hallaba anclado, si el monótono ruido de los émbolos de la máquina no acusara una actividad incompatible con la aparente inmovilidad del *steamer*. La mayor parte de los perégrinos muy temprano se hallaban sobre cubierta en el lado de popa, conversando alegres y contentos. En la sección de proa, un hervidero de gente italiana llenaba la techumbre del buque: esa abigarrada multitud agitábase en aquel espacio con animación extraordinaria. Hombres de todas edades, mujeres y niños, iban y venían en apretada confusión, conversando unos, cantando los otros, los chicos gritando y todos produciendo una alga-

rabía semejante á la que se escucha en los mercados de Italia.

Poco antes de las seis de la mañana sonó una campanilla que llamaba á los peregrinos al salón de música. Habíase instalado allí el oratorio provisional. Iba á celebrarse el augusto Sacrificio de la Misa. En el viaje de ida no se practicó á bordo este acto religioso, porque desgraciadamente no habían podido proporcionarse un altar los sacerdotes á quienes correspondía cuidar de esta parte del servicio de la Peregrinación. El Illmo. Sr. Portillo se proveyó en Roma de este menester y de los demás accesorios, y desde el primer día de navegación el Prelado y algunos sacerdotes que designaba diariamente, celebraban la Misa en actos sucesivos, con asistencia de todos los peregrinos.

En ninguna circunstancia el Sacrificio propiciatorio de nuestros altares reviste mayor solemnidad é inspira mayor devoción que cuando es celebrado á bordo de una nave que va atravesando los mares procelosos. Siempre la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía se impone al creyente sacando su espíritu de la esfera de lo mundano para elevarle á las regiones del infinito y unir al Criador la criatura con esa mística unión, la más estrecha que ha podido imaginarse y sólo al poder de un Dios era dable realizar. Pero cuando el hombre se halla en condiciones en que su esfuerzo personal sería inútil para salvarle de un peligro inminente; cuando el hombre cree hallarse en situación peligrosa, la presencia del Todopoderoso en el altar, produce un efecto más sensible para el alma; porque nunca ésta se halla más dispuesta á la unión con Dios que en las ocasiones en que las criaturas le amenazan ó son impotentes para salvarle. La Misa á bordo es el acto religioso más sublime que puede presenciarse. Cuando el sacerdote alza la Sagrada Hostia, como que la presenta á las olas tranquilas del mar para que no se enfurezcan, y si se hallan enfurecidas, para que se aquieten; como que la muestra á los fieles para que no teman, y si se hallan atemorizados, para que se tranquilicen. La Hostia de propiciación ofrecida á Dios en medio de

los mares, principalmente cuando se hallan las olas desencadenadas, es la prenda más cierta de nuestra seguridad individual; es el símbolo más firme de la esperanza; es la verdadera áncora de salvación en los peligros.

Con devoción edificante asistieron nuestros peregrinos al Santo Sacrificio. A la hora de la Comunión recibieron casi todos el Pan Eucarístico, sacerdotes y seglares, hombres y mujeres, con singular recogimiento y especial veneración. Los marineros protestantes, observando desde afuera del salón, presenciaban con respeto el acto religioso, y se podía adivinar en sus semblantes y en su actitud que le daban mucha importancia, si bien no toda la que para nosotros tiene.

En la lista que insertamos al principio de esta obra anotamos las personas que regresaron con el grueso de la Peregrinación; remitimos á ella al lector para evitar repeticiones. Además de las personas allí anotadas, iban á bordo dos estimables sacerdotes del Colegio Pío Latino, el Padre Amador y el Padre Navarro; dos jóvenes bien ilustrados y de muy bello carácter que prestaban no pequeño contingente á la amenidad de nuestras familiares reuniones. En el *Smoking-room*, tomaron posiciones desde el primer día, el R. P. Camacho, quien venía ya investido de Roma con el alto encargo de Comisario general de la Orden Franciscana, Monseñor Treviño, el Padre Muñoz Cano, nuestro amigo D. José María Aguilar y Ortiz y Pavecita Castellero. Estas personas eran como si dijéramos los fundadores de la tertulia permanente del salón de fumar. Podían contarse también en este número al Padre Rodríguez, al Padre Ortega y al joven Rodiles, bien que éste último solamente permanecía en el *Smoking* cuando jugaba al ajedrez, ocupación en que se entretenía muy frecuentemente. Aguilar y Ortiz desde el primer día fué el centro de la reunión; él generalmente daba el tema para las conversaciones; él las sostenía ó las hacía terminar cuando lo reclamaban ciertas conveniencias. El señor Obispo y su amable secretario el Padre Moreno, á quien habíamos dado en llamar *Romero* por relación á su calidad de peregrino, pasaban también algunos ratos en el *Smoking*.

D. Manuel Coeto, en los ratos que le dejaban libre las atenciones de la Sacristía, que tomó á su cargo desde el principio, y la vigilancia de su hijo Enrique, entregábase á la ocupación de escribir sus impresiones de viaje. Sobre cubierta se paseaban casi todo el día el Padre Saucedo y el Padre Alva con D. Vicente Cervón. El Sr. Ibarra y el Lic. de la Garza y alguna vez el Padre Valenzuela, nos hacían favor de acompañarnos en nuestros constantes paseos, y el segundo en algunas de nuestras excursiones diarias á los departamentos de 2ª y 3ª clase.

En los pasillos de los tránsitos, en cubierta y en el interior del buque *formaban rancho aparte* las señoras. La señora de Pizarro, las señoras de Aguascalientes y las de Chihuahua, con el Padre García, conversaban familiarmente discutiendo sobre las incomodidades y molestias de la vida á bordo, exagerando la mala situación de los pasajeros de 3ª

El Lic. Calva y Enrique Coeto entraban en relaciones de confraternidad con los emigrantes italianos, y el Padre Frías, entreteníase platicando en griego con uno de aquellos emigrantes, que hablaba el clásico idioma, en los ratos que no dedicaba á la lectura de libros de Ascética.

En los departamentos de 2ª y 3ª clase, D. Vicente Palacios, escribía sus correspondencias para "El Tiempo," cuando no tenía que consagrar su atención á la asistencia de los peregrinos de aquellas clases ó á la dirección espiritual de sus almas; D. Gregorio García, acompañado de su señora y de otros pasajeros, discurría acerca de la situación y tomaba nota y hacía apuntamientos sobre lo que ocurría. Los señores curas de Chilapa y de Puebla, conferenciaban juntos sobre diversas materias. D. José María Rivera, discutía con varios peregrinos acerca del servicio á bordo, sosteniendo siempre que las incomodidades que se sufrían en las clases inferiores eran consecuencia necesaria de la vida á bordo y de la situación en que voluntariamente se colocaban los que no habían preferido tomar pasaje en la clase superior. La simpática india Rita Manuela, riendo con todos, se colocaba

siempre en algún rincón, sentada á la turca, acompañándola generalmente sus paisanos de Chilapa.

Desde el primer día quedó establecido que á las cinco de la tarde tendría lugar un piadoso ejercicio en el Salón de Música. Desempeñaban el coro algunas de las personas que lo habían formado en el viaje de ida, con el buen refuerzo de los Padres Amador y Navarro, quienes habían adquirido en Roma muy buena escuela de canto. En las clases 2ª y 3ª se practicaba el mismo ejercicio, que tomó á su cargo uno de los sacerdotes que allí venían, por iniciativa de D. Vicente Palacios.

Después del rezo se llamó á los pasajeros de primera al comedor. Pocos dejaron de concurrir; porque el movimiento del buque no había producido el mareo sino en muy pocos. La mesa fué alegre y animada.

El día siguiente, Viernes, y el Sábado, pasaron sin que ocurriese nada digno de la crónica; fuera de algunas lamentaciones de los peregrinos de las clases inferiores, acerca del servicio, y relativamente al trato de los sirvientes. El secretario de la Comisión intervenía siempre, interponiendo su mediación, y el Comisario del buque remediaba lo que era de remediar y tenía remedio posible. En la primera clase las tertulias nocturnas en el Salón de Música habían estado animadas, y si bien se extrañaba en ellos al simpático Amézaga, le sustituía el alegre y festivo padre Navarro. Teníamos además en la primera categoría á una joven italiana que no cantaba mal y completaba el cuadro de artistas de que disponíamos. D. Gregorio García tocando en el clarinete, era acompañado por el joven Coeto en el piano; elemento con que no habíamos contado en el viaje anterior.

El domingo 10 de Junio fué de gratas impresiones. Por la mañana temprano á la hora de costumbre se dijo la Misa por el señor Obispo, á la cual asistieron todos los peregrinos de las tres clases y la mayor parte comulgaron. Celebráronse después otras dos Misas en el Salón. A las ocho, previo permiso del Capitán, y á solicitud de la inmensa colonia italiana, se celebró el Santo Sacrificio sobre cubierta. Asistieron

con devoción todos los emigrantes. El doctor Ibarra les predicó en Italiano, sobre el culto de la Virgen María.

Por la tarde se descubrió tierra española. Tuvimos á la vista el cabo llamado "del Gato." En esa misma tarde cruzó delante de nosotros una escuadra inglesa del Mediterráneo, compuesta de cinco grandes buques, tres vapores de dos chimeneas y dos fragatas de tres palos. No dejó de entristecernos este eneuentro. El Mediterráneo está á merced de los ingleses. Con esas escuadras y con la posesión de Gibraltar, mantiene Inglaterra su dominio sobre ese mar en que tienen tantos puertos las principales potencias latinas.

El lunes 11 avistamos Gibraltar. Poco antes del mediodía anclamos en la bahía. Muchos peregrinos bajaron á tierra. Nosotros permanecimos en el buque. Dos familias americanas embarcáronse en el "Bolivia:" eran dos matrimonios, uno con hijos y otro sin ellos. Una hermosa y simpática señora de origen español, con dos niños, pasó también á bordo. A las seis de la tarde alzamos anclas.

El martes 12 nos amaneció en pleno Atlántico. No tardamos en extrañar la calma, no interrumpida casi, que había reinado en nuestra travesía por el Mediterráneo. Por la tarde comenzó á soplar fuerte el viento. El Miércoles, todo el día permaneció la mar agitada. El mareo postró á la mayor parte de los peregrinos. Los italianos, tendidos sobre cubierta, tristes y desalentados, presentaban el espectáculo que ofrecen esos cuadros en que se pinta á los egipcios bajo la influencia de las plagas que Dios por el brazo de Moisés hizo caer sobre ellos.

El Jueves disminuyó el temporal, y el Viernes arreció nuevamente. El desaliento más completo se había apoderado de los navegantes. Nosotros recorríamos los departamentos y se nos oprimía el corazón al ver el estado lamentable en que se hallaban los mareados, que eran casi todos. En el *Smoking-room*, habían enmudecido los tertulianos; solamente Aguilar y Ortiz tenía la palabra: hasta la impasible Pacecita Castellero se hallaba acometida del mareo. En los camarotes de primera, excitaban nuestra compasión el Padre

Arriola, el Padre Frías, las señoras de Aguascalientes y las de Chihuahua y la española que había subido en Gibraltar. En el comedor yacían tendidas en los sofaes las dos señoras americanas: el salón de Música, estaba convertido en hospital. En la cubierta, por el lado de proa, habían desaparecido los colonos italianos; hallábanse casi todos postrados en el interior de su departamento: en el de 2.^o los mexicanos se hallaban también en situación lamentable: obligados á permanecer dentro del departamento por no permitirles el viento y el oleaje estar sobre cubierta, ofrecían cuadros desgarradores los grupos en que se hallaban divididos. Al llegar nosotros á visitarlos, díjonos D. Vicente Palacios.

—¿No ha sabido V., señor licenciado, lo que nos está pasando?

—Ya veo, repusimos, que se hallan todos mareados; lo cual no tiene nada de extraño cuando es tan irregular el movimiento del buque.

—No es eso, señor, sino que tenemos viruelas á bordo.

—¿Cómo? preguntamos asorados. ¿Quién ha sido acometido de esa enfermedad?

—¿Quién ha de ser? Los chicos de los italianos. Hoy vino el Capitán y ha tomado providencias para separar á los enfermos de los que no lo están. Sólo eso nos faltaba, prosiguió. Imagínese V. qué fatalidad; una epidemia á bordo.

—¿Pero V., preguntamos, ha visto que esos enfermos lo están de viruelas? Yo hablé hace un rato con el médico y me dijo que nada tenemos que temer en cuanto á la sanidad á bordo.

—Yo no he visto á ningún enfermo; pero todos los italianos aseguran que hay varios niños atacados de viruela.

—Ruego á usted, Sr. D. Vicente, que se tranquilice, y en todo caso que no comunique á nadie sus aprehensiones, porque nos perjudicaría muchísimo el que los compañeros participaran de ellas. Yo volveré á interrogar al médico; aunque tengo casi evidencia de que no hay hasta ahora motivo para alarmarnos.

No pasó una hora sin que nos reuniésemos con el doctor en el departamento de popa.

—¿Qué ha motivado, le preguntamos, la providencia que tomó el Capitán de aislar á los enfermos italianos?

—No se les ha aislado precisamente; se les colocó en un departamento que se halla en mejores condiciones que el dormitorio común.

—¿Qué tienen, pues, dichos enfermos? Volvimos á preguntar.

—Es una fiebre eruptiva cuyo nombre no conozco en español; les ataca á todos los niños. Es muy raro el que no la sufre.

—¿No es la viruela?

El doctor se sonrió.

—No estaría yo tranquilo, nos dijo, si ese carácter tuviese la enfermedad. Por lo demás, al recibir á bordo á los emigrantes, hemos vacunado á todos los que no presentaron certificación de haberlo sido ya.

Esta explicación del médico y la que nos hizo después el intérprete Galano, á quien pedimos informes, nos hizo comprender que la enfermedad que se había desarrollado en los niños era simplemente el sarampión. Luego que tuvimos oportunidad se lo comunicamos así á D. Vicente Palacios; quien no aparentó, sin embargo, quedar tranquilizado enteramente.

Al otro día, Sábado 16, el viento disminuyó considerablemente. El Domingo se pasó sin novedad. Se dijo la Misa sobre cubierta para los italianos. Los protestantes de la tripulación y las familias americanas que iban á bordo, estimuladas sin duda por el ejemplo que recibían de nosotros en asunto de prácticas religiosas, dispusieron lo que ellos llaman *un servicio*, que tuvo lugar en la mañana del Domingo como á las diez. En medio del salón de Música, colocaron una mesa con un cojín que cubría la bandera inglesa; encima estaba la Biblia abierta y otros dos libros de oraciones. El que hacía de ministro, que era uno de los americanos, principió á cantar versículos de la Biblia, que acompañaban todos los circuns-

tantes; uno de ellos tocaba en el órgano; á veces se arrodillaban todos y generalmente permanecían en pie. Poco menos de una hora duró el servicio y se retiraron los asistentes. El canto protestante es monótono en extremo: casi no tienen variantes las melodías, y la entonación es siempre la misma.

¡Cosa original y digna de llamar la atención! Estábamos practicando á bordo la tolerancia de cultos en el último grado á que ésta puede llevarse. En el mismo oratorio en que nosotros los católicos celebrábamos nuestras más augustas ceremonias religiosas, hacían el servicio de su culto los protestantes; el mismo órgano en que nosotros acompañábamos el canto sagrado, servía á los herejes para acompañar sus salmos y los himnos de su liturgia.

Ya dijimos en otro lugar que cuando atraviesa uno los mares, el más insignificante fenómeno, el objeto de menor importancia llama la atención del que navega; convirtiéndose en un acontecimiento el más despreciable incidente que en otras circunstancias pasaría desapercibido.

En la mañana del Domingo, al acercarnos á la popa del buque, observamos una parvada de golondrinas, procedentes acaso de las Islas Azores, que se agrupaba cerca de la hélice y parecía seguir la embarcación. Al principio no vimos en aquello nada de extraordinario; creímos que reconocerían bien pronto la ruta que habían traído y regresarían á tierra. Mas quedamos asombrados cuando al caer la tarde las vimos que continuaban volando en seguimiento del buque. Al día siguiente no desaparecieron de nuestra vista, y continuamos viéndolas hasta nuestra llegada á Nueva York. Seguramente por la noche tomaban descanso entre la jarcia del velamen; pero durante el día no cesaban de volar un momento. Aunque habíamos oído decir que estas aves acostumbran hacer sus emigraciones á través de los mares, nos parecía fabulosa la aseveración relativa de los naturalistas; pero el hecho nos vino á confirmar la verdad de dicho aserto.

Cuatro días transcurrieron sin que la mar se hubiese alterado. Los mareados recobraban la salud; poco á poco iban restableciéndose; la cubierta se veía otra vez llena de gente

y la animación y el contento renacía entre los navegantes. La única inquietud que agitaba á los peregrinos de tercera y segunda clase era el temor de la viruela, enfermedad que, sin embargo, no llegaba á presentarse en uno solo de los emigrantes italianos. Por el contrario, el médico nos informaba que la salubridad de la gente era satisfactoria.

Nada hay más cierto que el proloquio de que la calma es precursora de la tempestad. El Viernes 22 desde por la mañana comenzó á anunciarse mal tiempo. A los primeros sacudimientos del buque los mareados volvieron á caer en el abatimiento. Acabó el día, y la mar no se aquietaba. Amaneció el Sábado: una densa niebla envolvía la embarcación; una lluvia menuda caía del cielo; el viento bramaba espantoso; las olas encrespadas inundaban á cada paso la cubierta; todo el mundo permanecía en el interior de los departamentos; el silbato de la máquina se hacía oír cada dos ó tres minutos como una medida de precaución del piloto para evitar una colisión con otro buque. Tres días duró el temporal. Nosotros, que no apreciábamos la situación con nuestro propio criterio, observábamos constantemente la actitud y los movimientos de la tripulación, y principalmente los del Capitán. Veíamos á la gente de mar tranquila; el Capitán jugaba descansadamente á la baraja con los americanos ó al ajedrez con el joven Rodiles; el Comisario conversaba con nosotros largo tiempo, sin dar muestras de inquietud. Esto nos tranquilizaba y nos paseábamos impávidos sobre cubierta, gozando con el hermoso, aunque imponente espectáculo de la mar enfurecida. Mas al tercer día de temporal hicimos una observación que nos aterrorizó. Habíamos subido á la techumbre del *Smoking-room*, para evitar que nos bañasen las olas que á cada momento se elevaban sobre la cubierta, inundándola. Asidos fuertemente de la barandilla, observábamos los movimientos del Capitán, quien no se había separado del puente en esa mañana desde muy temprano. Con un pequeño silbato comunicaba órdenes frecuentemente á los que se hallaban distantes. Obedeciendo á una de esas indicaciones, vimos acercarse á los marineros á las lanchas que

venían suspendidas de unas gruesas barras de fierro sobre la cubierta, de uno y otro lado del buque. Los marineros comenzaron á quitar las lonas que cubrían las lanchas y los vimos ocuparse en examinarlas por el interior y después procedieron á la operación de calafatearlas. Esos preparativos no podían anunciar otra cosa que el temor de un peligro no remoto. La imaginación en esos casos vuela mucho. Pensamos en que el número de lanchas era insuficiente para salvar á la multitud de navegantes en caso de naufragio: eran ocho, que podrían contener á lo más veinticinco personas cada una, y pasábamos de seiscientos los pasajeros que traía á bordo el "Bolivia." En un lance desgraciado habrían de perecer cuando menos dos terceras partes de los navegantes. Sentímonos sobrecogidos de temor; pero resolvimos no abandonar nuestro puesto, y permanecimos allí toda la mañana en observación. Por fortuna á eso del medio día, el viento disminuyó sensiblemente: llamaron al almuerzo y el Capitán bajó al comedor. Descendimos también nosotros: comimos con buen apetito. Terminada la mesa, el Capitán se puso á jugar en el mismo salón con los americanos; echámonos en un sillón á tomar reposo; el sueño nos sorprendió y nos quedamos dormidos un largo rato. Cuando subimos á cubierta, serían las cuatro de la tarde, el tiempo había cambiado: disipada la niebla, calmado el viento, la mar, aunque agitada bastante, no se veía enfurecida como estaba pocas horas antes. Llegó la noche, y aun cuando los vaivenes del buque continuaban, el Capitán no parecía preocuparse por ello y nosotros recobramos nuestra habitual serenidad.

El Martes 26, hallándose restablecida la calma, entró el Comisario en el *Smoking-room* á eso de las diez de la mañana: estábamos allí conversando alegres muchos peregrinos.

—Señores, dijo el Comisario, vengo á invitar á ustedes á tomar parte en una rifa.

—A ver, ¿qué se va á rifar? Se apresuró á decir Monseñor Treviño.

—Una cantidad que se ha de reunir entre 24 personas. Son veinticuatro las barcas de los pilotos prácticos que de Nue-